

CRISTINA PRADA

LAS NOCHES EN
LAS QUE EL CIELO
ERA DE COLOR
NARANJA



Sophie Silver es una chica normal que lleva una vida de lo más normal. Trabaja como camarera, pero su ilusión es ver publicada su primera novela. Lo más emocionante de su día a día lo protagoniza su amiga Sarah, quien acaba de recibir una beca de periodismo para marcharse a Kosovo, un país que, en pleno 2008, tiene mucho que contar.

Reese Montolivo, el chico del millón de dólares de la cadena de televisión ABC, ha visto demasiadas cosas que le impiden sentirse bien consigo mismo. Es arisco, arrogante, exigente y está desencantado del mundo. Ésa es su fachada y, aunque muchas chicas se empeñen en creer lo contrario, no hay nada más.

Cuando las cosas se tuercen para Sophie en Nueva York, decide empezar de cero y viajar hasta Kosovo con Sarah, sin imaginar todo lo que encontrará allí.

Sophie y Reese jamás sospecharon cuánto cambiarían sus vidas el día en que se encontraron por casualidad en Bryant Park. Ambos lucharán, sufrirán, reirán y tomarán las decisiones más difíciles de sus vidas. Todo por el sexo más increíble, salvaje y adictivo que hayan experimentado jamás. Todo por una historia de amor que los marcará para siempre. Todo en las noches en las que el cielo era de color naranja.

*Al hombre de mi vida.
Cada palabra que escriba siempre será de los dos.
Te quiero muchísimo.*

Agradecimientos

Este libro es un sueño hecho realidad. Desde que me autopubliqué hace ya dos años he vivido muchísimas cosas maravillosas y todas os las debo a vosotros.

A mi marido Giuseppe y a mi hijo Pasquale. Os quiero muchísimo. Sois toda mi felicidad y nunca tendré palabras suficientes para agradeceros todo lo que me apoyáis. A ti, que aguantas los «sólo una línea más» o «este párrafo y termino» y que siempre tienes una sonrisa y un abrazo que darme, que me haces reír cada día, que me haces feliz cada día, que te quiero más y más cada día. Y a mi pequeño, que promete portarse bien para dejar trabajar a mami y que se arma de paciencia y siempre acepta cuando le digo que hoy no podemos ir al parque, pero que mañana vamos a estar el doble en los columpios. SOIS MI VIDA.

A mi familia, a la que tiene DNI español y a la que usa Carta de Identidad italiana. Ya sea aquí, en Nápoles o en cualquier parte del mundo, os quiero muchísimo, aunque a veces discutamos. Además, llevarse bien absolutamente todo el tiempo tiene que ser muy aburrido.

A Carmen. Eres una persona increíble y te mereces que te pasen cosas no buenas sino espectaculares. Me apoyas, me escuchas, me ayudas y siempre sabes coger al unicornio desbocado por el cuerno, mirarme a los ojos y decirme: bájate de la nube y haz las cosas bien. Además, eres la mejor organizadora del tiempo que he conocido y la creadora

de expresiones geniales como «dejar mangada» o «hacer una alvarada». Te quiero mucho querida.

A Tiaré. ¿Qué haría sin ti? Solo espero poder devolverte alguna vez todo lo que haces por mí: el apoyo, la paciencia y los consejos que me das. Eres una persona generosa y buena y cualquiera que te conozca más de dos segundos sabe que es una suerte tenerte como amiga. Me encanta trabajar contigo y espero poder seguir haciéndolo muchos años. ¡Arriba Empotradoras Films!

A Silvia, Montse, Aroa y Tiaré (otra vez). Desde que montamos el chat del Messenger nos hemos reído, hemos llorado y nos hemos contado todo lo que nos pasaba. Ahora resulta que si no os digo buenos días por las mañanas y buenas noches cuando ya estoy en la camita, parece que me falta algo. Sois increíbles y lo único que nos falta es que nos toque a alguna el sueldo Nescafé para toda la vida y nos costee a las demás una quedada una vez al mes para beber Martinis Royale y reírnos en directo. Os quiero muchísimo.

A mis chicas del Face. A Patri, Campanilla, Jessica, Nacary (y su guapísimo Lionell), Irene, Súper Emma (¡Vivan el Capitán América y Marty McFly!), Pam, Beatrice, Adeila, Beatriz, Abby, Danny, Iris, Ana, Sam, Rebekah, Macarena, Olimar, Cecilia (gracias por todo lo que haces por nosotros), Rocío, Elena, Saray, Loli (tienes un arte que no se puede aguantar), Ana Belén, Noe, Esther, Mitera, Noelia, Rita, Laura, Reyes... y todas las chicas del grupo *Aquí Manda Ryan Riley* y las que llevan los perfiles de Ryan y Maddie en Twitter (son geniales)... Nada de lo que me ha pasado sería lo mismo sin vosotras, chicas.

A la Editorial Planeta y a sus sellos Esencia y Zafiro. A todas las personas que trabajan allí. Un libro es el resultado final del esfuerzo de mucha gente, no solo del escritor. Muchas muchas gracias a todos. También quiero aprovechar para dar las gracias y mandar un saludo a todas mis compis, de mi editorial o no, con las que me encanta charlar y

pasar el rato. Son unas profesionales increíbles y unas compañeras todavía mejores: Patri, Chloé, Chari, Lola, Scarlett, Sam (otra vez), Elena, Irene, Ana, Connie, María (Alissa), Alejandra, Mita... y sé que me estoy olvidando de alguien, así que como dirían en Nápoles: ¡un beso circular para todas!

Y para terminar: la guinda del pastel. La persona sin la cual nada de esto sería posible. A mi editora: Esther. Este viaje me ha llenado de felicidad y, en gran parte, te lo debo a ti. A veces una se asusta un poco, por el motivo que sea, y saber que tengo a una gran profesional y, sobre todo, a una gran persona como tú vigilando para que todo salga bien y cuidando de mí, hace que esos momentos pasen volando. Me ayudas en todo, me escuchas y tienes una paciencia infinita. Respetas el trabajo del autor como pocas y nos defiendes con uñas y dientes. ¡No te cambiaría por nadie, jefa! Muchas gracias por todo lo que haces por mí.

MUCHAS GRACIAS A TODOS. ESPERO QUE DISFRUTÉIS MUCHO DE REESE Y SOPHIE.

Nota de la autora

La historia de Reese y Sophie y todas las situaciones que aparecen en ella están inspiradas en la ciudad de Pristina y otros lugares de Kosovo, y los conflictos en la antigua Yugoslavia que tuvieron lugar entre 1991 y 1999. Hemos querido ser tan fieles a la realidad como hemos podido, pero nuestra intención es contar las emociones que se vivieron y se viven allí y, sobre todo, una historia acerca de la amistad, la felicidad y, como siempre, el amor más incondicional.

1

—EN-226-TH —murmuro para mí mientras paso el índice por la hilera de ejemplares perfectamente ordenados en la estantería—, EN-226-TH...

La balda se termina y no encuentro el libro. Frunzo el ceño y miro a mi alrededor. Debo de haberme equivocado. Giro sobre mis pies y regreso al pasillo principal. Examinó el letrero con flecha incluida. Efectivamente, no sólo me he equivocado de estantería, sino también de sección.

Silver, eres un absoluto desastre, me digo.

Avanzo unos pasos inspeccionando a ambos lados, y, al fin, encuentro el pasillo de clásicos contemporáneos ingleses. Asiento suavemente y me adentro en él. Sin embargo, apenas he caminado un par de metros, cuando doy un respingo y, con rapidez, regreso al corredor principal. ¡Hay una pareja montándose en el suelo!

—Lo... lo siento —tartamudeo a la vez que rompo a reír.

Lo hago siempre que estoy nerviosa. Mi padre dice que es una costumbre adorable, pero no creo que sea una opinión imparcial.

—¿Sophie? —oigo que me llaman cuando ya me he alejado varios metros.

Me freno sorprendida por haber oído la voz que acabo de oír y me vuelvo de nuevo.

—¿Sarah? —pregunto extrañada, mirando cómo mi mejor amiga y compañera de piso se revuelve para tratar de colocarse bien el sujetador y bajarse la camiseta debajo de

un chico con pinta de jugador de fútbol universitario—. ¿Qué haces ahí?

—Despedirme de Preston —responde ajetreada mientras los dos se levantan.

Observo al muchacho más concienzudamente.

—¡Ése ni siquiera es Preston! —me quejo.

—Me voy a Kosovo —gimotea ella como si eso le diera una gran carta blanca sexual.

El chico termina de arreglarse la ropa y recoge su mochila del suelo.

—Adiós —le despide Sarah pizpireta dedicándole una enorme sonrisa.

—Adiós, preciosa —responde él echando a andar.

Espero a que se marche y vuelvo a prestar atención a Sarah, que se sacude enérgica la falda.

—¿Sabe el verdadero Preston que ya tienes un nuevo Preston? —comento socarrona.

—¿Por qué seguimos hablando de él? Ya es historia —comenta emprendiendo la marcha.

La sigo.

—¿El nuevo o el viejo?

Sarah se frena en seco y me hace un mohín. Yo le dedico mi mejor sonrisa en absoluto arrepentida y ella acaba haciendo lo mismo.

—¿Nos vamos a comer? —inquieta deteniéndose de nuevo, esta vez frente a la pantalla de un portátil apagado sobre una de las mesas de estudio, que utiliza como espejo improvisado para arreglarse su melena rubio ceniza—. Penny ya debe de estar esperándonos.

Niego con la cabeza.

—Adelántate tú. Yo iré en cuanto pueda. Tengo esa entrevista con el profesor Masterson, ¿recuerdas?

—¿Por las jornadas? —especifica recogiendo su bolso y acercándose a mí.

—Sí, hoy me dirán si soy una de las ponentes.

Las jornadas en realidad son las «Jornadas de Autores Noveles de Nueva York» que organiza cada año la Universidad de Columbia. Conseguir una ponencia en esas jornadas es el mejor escaparate que una escritora novel como yo puede obtener en esta ciudad. El reconocimiento es prácticamente inmediato.

—La verdad es que estoy un poco nerviosa —confieso.

Sarah suelta un bufido.

—Vas a conseguir una ponencia, porque eres una excelente escritora —me anima sin asomo de dudas—. Yo todavía tengo fantasías con Liam.

Liam Hamilton es el protagonista de mi primera novela. Una pequeña editorial se ha interesado en ella y, si todo sale bien, saldrá publicada en unos meses. Dentro de dos semanas me reuniré por primera vez con ellos y me presentarán a mi editora.

No tengo más remedio que volver a sonreír ante su comentario y juntas regresamos a nuestra mesa en la sala de estudio de la biblioteca.

—Pues, entonces, ¿nos vemos en el restaurante?

Asiento.

—Qué remedio —bromeo.

Ella me dedica un nuevo mohín.

—Me caes fatal —se queja.

—Tú, a mí, peor —respondo fingidamente seria.

—Yo te odio a muerte.

—Yo soborné a la junta que concede las becas para que te la dieran en un país en guerra.

Sarah me mira alarmada y yo no puedo evitar echarme a reír. Un joven que trata de leer a unas sillas de distancia me asesina con la mirada y la risa se me corta de golpe.

—Lárgate —le susurro divertida a Sarah.

Ella sonrío y finalmente se marcha.

Voy a echarla mucho de menos. Todavía no puedo creerme que ganara la beca de periodismo Woodward-Frankel, aunque lo cierto es que ha sido algo merecidísimo.

Su trabajo de investigación sobre el conflicto en la exYugoslavia es brillante. No tuvo rival. Fuimos a Washington, para la ceremonia, con su padre y su hermano Michael. Los dos estaban muy contentos, pero también un poco preocupados. Esa beca significa que se marchará seis meses a Kosovo. Ése siempre ha sido el sueño de Sarah, ser reportera de guerra, y estoy segura de que se convertirá en una extraordinaria.

Termino los textos en los que estoy trabajando y poco después de la una recojo mis cosas y salgo de la biblioteca. Mientras bajo la escalera, no puedo evitar sonreír. Éste es mi edificio favorito en toda Nueva York. No sólo porque esté lleno de libros, sino por su arquitectura. Es majestuoso y sencillo al mismo tiempo, realmente precioso. Además, me encanta que esté dentro de Bryant Park. Eso lo hace aún más mágico.

Rodeo la construcción y atravieso el parque para poder llegar a la parada del metro de Times Square con la 42.

Esquivo a una decena de turistas que contemplan admirados los jardines y sonrío cuando me cruzo con una excursión de preescolares. Todos van agarrados a una cuerda que la profesora sujeta en un extremo. Seguro que también van a la biblioteca.

Mi recién estrenado iPhone comienza a sonar. Lo saco del bolso y suspiro nerviosa al ver el nombre del profesor Masterson en la pantalla. Instintivamente miro el reloj. No llego tarde.

Me desvío por uno de los senderos con el móvil en la mano para tener algo de intimidad. Sólo espero no encontrarme a una pareja montándose, sería la segunda en lo que va de mañana.

—¿Diga?

—¿Sophie Silver?

Asiento.

—Sí —respondo nerviosa al darme cuenta de que no puede verme.

—Soy el profesor Masterson. Te llamaba a propósito de nuestra reunión de esta mañana.

—Estoy a punto de llegar —me disculpo, aunque no sé por qué lo hago. Aún faltan treinta minutos.

—No te preocupes. Ya no es necesario que vengas.

Me freno en seco. Sabía que no lo tenía fácil para conseguir una ponencia en esas jornadas, pero nunca imaginé que ni siquiera quisiesen escucharme.

—Profesor Masterson —lo llamo intentando reordenar mis ideas lo más rápido posible.

No puedo perder esta oportunidad. Tengo que convencerlo, aunque sea por teléfono.

—Expondrás el día 23 —me interrumpe.

¿Qué? ¿En serio?

¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

—Eres mi apuesta personal —me advierte—. No me decepciones.

—No lo haré —respondo convencida sin dejar de sonreír, casi reír.

—A finales de semana recibirás toda la documentación. Nos veremos a principios de la que viene y empezaremos a trabajar en tu presentación. Enhorabuena, Sophie.

—Muchas gracias —contesto entusiasmada.

Cuelgo y comienzo a dar saltitos y palmaditas. ¡Es una pasada! ¡Estoy feliz! ¡Bien! ¡Bien! ¡Bien!

—Parece que te han dado una buena noticia.

Su voz me detiene de golpe y automáticamente mis mejillas se tornan de un rojo más que brillante. Joder, creía que estaba sola.

—No pares —continúa burlón—. Estaba siendo de lo más divertido.

¿Se está riendo de mí?

El enfado acaba de sustituir al bochorno. Me giro despacio y alzo la cabeza. Sin embargo, cuando al fin lo tengo delante, vuelvo a quedarme ridículamente inmóvil.

—Soy Reese —se presenta lleno de impertinencia, confirmándome que, en efecto, acaba de reírse de mí, y mirándome directo a los ojos con los suyos increíblemente azules.

Tras un momento aparta la vista, como si supiese con exactitud lo que acaba de provocar en mí, y le da un trago a su botellita de agua. Sin quererlo, mis ojos vuelan hasta sus labios. Son muy sensuales.

—Pensé... pensé que estaba sola —me excuso obligándome a dejar de mirarlo.

Es muy atractivo. Tiene el pelo castaño y su rostro parecería algo aniñado si sus ojos no borrarán por completo esa idea. Son azul oscuro, misteriosos, duros, incluso fríos, y es del todo imposible no quedarse embobada con ellos.

Debe de estar corriendo por el parque. Su pantalón deportivo y su camiseta, los dos en tonos grises, lo delatan. Además, su respiración está suavemente agitada y su armónico torso se levanta arriba y abajo.

¿Cómo será ese torso sin camiseta?

¡Silver!

¿Qué demonios me pasa?

Él sonríe; está claro que le divierte el mal rato que estoy pasando y, de alguna manera, eso me activa. No estoy aquí para alegrarle la mañana a nadie, por muy guapo que sea.

—¿Sabes? —comento insolente—. Es de mala educación escuchar las conversaciones ajenas.

Giro sobre mis pies y doy el primer paso dispuesta a volver al sendero principal.

—¿No vas a contarme la buena noticia? —pregunta ignorando por completo lo que acabo de decirle.

Suena de lo más impertinente, incluso antipático.

—No —contesto volviéndome de nuevo.

¿Quién se cree que es?

—Una lástima —añade perdiendo su vista al frente—. Apuesto a que era algo muy emocionante —sentencia socarrón, riéndose claramente de mí una vez más.

¡Qué capullo!

Cómo me gustaría poder gritarle que acaban de concederme el premio Pulitzer y el Nobel de Literatura y que me ha tocado el superbote de la lotería, todo a la vez.

—Pues la verdad es que sí que lo es —replico malhumorada.

Se atrapa el labio inferior con los dientes, apenas un segundo, en un gesto muy sexy, y una media sonrisa dura, incluso un poco arisca, se cuele en su sensual boca. De pronto me cuesta recordar si estoy enfadada o no. Acabo de darme cuenta de que deberían prohibirle morderse el labio y sonreír por el bien de todas las mujeres de la humanidad.

—¿Por qué no vienes hasta aquí y me lo cuentas? —me propone presuntuoso, como si tuviese que agradecerle que esté dispuesto a pasar unos minutos conmigo—. Puedes acercarte dando más saltitos y palmaditas.

Tendría que haber tomado clases de defensa personal. Ahora podría dame el gusto de tirarlo al suelo de una patada.

—No pienso ir a ningún sitio —contesto muy digna—. No soy el entretenimiento de nadie, y mucho menos el tuyo.

—Permíteme dudarlo, muñeca —replica áspero y aún más arrogante.

Pero ¿qué...?

—¿Acabas de llamarme *muñeca*? —inquiero molesta y muy muy sorprendida. ¡No nos conocemos! ¿Cómo es capaz de tomarse esas confianzas?

—Me gusta ese vestido —añade sin suavizar un ápice su tono, ignorando mi enfado por completo— y no sé si ha sido en las palmaditas o en los saltitos cuando me ha gustado todavía más.

De forma automática me llevo las manos al bajo de la prenda. Hago memoria. No he hecho ningún movimiento especialmente brusco. No puede haberme visto nada. La dignidad bulle en mi garganta, pero entonces sus ojos se

encuentran con los míos y, de forma inexplicable, todos esos sentimientos se diluyen.

—¿Cómo te llamas?

Su voz es ronca y muy masculina, y poco a poco va llenándose de calidez.

No es una pregunta, es una suave orden e instintivamente algo dentro de mí percibe la diferencia.

—Sophie, Sophie Silver.

De pronto me doy cuenta de lo nerviosa que estoy.

—¿Y a qué te dedicas, Sophie?

Mi nombre en sus labios suena diferente.

—Soy... soy escritora —respondo tratando de comportarme como una adulta de veintiséis años y no como una cría de quince.

—¿Qué tipo de novelas?

—Romántica —contesto en un golpe de voz.

Él vuelve a atrapar su labio inferior con los dientes y me dedica otra vez esa media sonrisa de la que es imposible escapar.

—¿Y tú?

No sé por qué lo pregunto. No me interesa lo más mínimo. ¡Qué frustrante!

—Creo que no voy a decírtelo —responde arrogante sin que la sonrisa lo abandone—. Vengo a correr aquí todos los días a la misma hora. Si mañana te portas mejor, quizá te lo cuente.

¡Esto es el colmo! Pero ¿quién se cree que es?

Abro la boca dispuesta a llamarlo de todo. Estoy furiosa. No me conoce y se ha reído de mí prácticamente con cada frase. Apremio a mi cerebro para que diga algo inteligente que lo deje a la altura del betún, pero se niega a colaborar.

Él gira sobre sus pies y, derrochando toda esa presuntuosa seguridad, echa a correr y desaparece por el sendero parque a través.